



Seix Barral Biblioteca Formentor

Muriel Barbery

Una rosa sola

Traducción del francés por
Isabel González-Gallarza

Obra editada en colaboración con Editorial Planeta – España

Título original: *Une rose seule*

© 2020, Actes Sud

© 2021, Traducción: Isabel González-Gallarza

© 2021, Editorial Planeta, S.A. – Barcelona, España

Derechos reservados

© 2021, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial SEIX BARRAL M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111,

Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

Primera edición impresa en España: marzo de 2021

ISBN: 978-84-322-3786-7

Primera edición en formato epub en México: mayo de 2021

ISBN: 978-607-07-7626-7

Primera edición impresa en México: mayo de 2021

ISBN: 978-607-07-7622-9

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso en México – *Printed in Mexico*

POR EL TEJADO DEL INFIERNO

1

Cuentan que, en la antigua China, bajo la dinastía de los Song del Norte, hubo un príncipe que mandaba cultivar cada año un parterre con mil peonías, cuyas corolas ondeaban, mecidas por la brisa, al principio del verano. Durante seis días, sentado en el suelo del pabellón de madera desde el que solía contemplar la luna, observaba a aquellas a las que llamaba sus hijas bebiendo una taza de té claro. Al amanecer y al atardecer recorría el parterre.

Al inicio del séptimo día ordenaba la matanza.

Los sirvientes acostaban a las hermosas asesinadas, con el tallo roto y la cabeza vuelta hacia el este, hasta que en el campo sólo quedaba una flor, que ofrecía sus pétalos a las primeras lluvias del monzón. Los cinco días siguientes, el príncipe permanecía ahí, bebiendo un vino oscuro. Su vida entera estaba contenida en esas doce revoluciones

de sol; no pensaba en nada más durante todo el año; cuando transcurrían, se prometía morir. Pero las horas dedicadas a escoger a la elegida y a disfrutar en silencio de su presencia contenían tantas vidas en una sola que no veía sacrificio en los meses de duelo.

¿Lo que sentía al contemplar a la superviviente? Una tristeza en forma de gema resplandeciente mezclada con destellos de una felicidad tan pura, tan intensa, que su corazón desfallecía.

UN PARTERRE DE MIL PEONÍAS

Al despertar, Rose miró a su alrededor sin entender dónde estaba, y vio una peonía roja de pétalos enfurruñados. La embargó una sensación como de pesar o de felicidad perdida. Suelen esos movimientos interiores arañar el corazón antes de desvanecerse como un sueño, pero el tiempo transfigurado ofrece a veces a la mente una transparencia nueva. Era lo que sentía Rose esa mañana, en el cara a cara con la peonía que, desde su jarrón exquisito, desvelaba sus estambres dorados. Durante un instante le pareció que podía quedarse sin fin en esa habitación desnuda, contemplando esa flor, sintiéndose *existir* como nunca antes. Observó los tatamis, los tabiques de papel, la ventana abierta a unas ramas a pleno sol, la peonía arrugada; por último, se observó a sí misma como a una extraña a la que acabara de conocer.

La velada le volvió a la memoria a retazos: el aeropuerto, el largo trayecto nocturno, la llegada, el jardín iluminado por faroles, la mujer con kimono arrodillada sobre la tarima. A la izquierda de la puerta corrediza por la que había entrado, unas ramas de magnolia grandiflora, surgidas de un jarrón de paredes oscuras, atrapaban la luz en cascadas sucesivas. Habríase dicho que era un agua brillante que caía como lluvia sobre las flores, en las paredes centelleaban las sombras, alrededor la oscuridad era extraña, trémula. Rose distinguía paredes arenosas, unas losas que formaban un camino hasta la tarima, espíritus secretos; toda una vida de penumbra entreverada de suspiros.

La japonesa la había llevado hasta su habitación. En la sala contigua, de una gran pileta de madera lisa se elevaba el vapor de un baño. Rose se había metido en el agua muy caliente, cautivada por la sobriedad de esa cripta húmeda y silenciosa, por su decoración de bosque, por sus líneas puras. Al salir del baño se había puesto un kimono de algodón fino como quien entra en un santuario. Asimismo, se había metido entre las sábanas con un sentimiento inexplicable de fervor. Y luego todo eso había pasado.

Llamaron discretamente, y la puerta se abrió con un susurro. La mujer de la víspera se acercó hasta la ventana con pasitos precisos y dejó una charola delante. Dijo unas palabras, retrocedió deslizándose sin ruido, se arrodilló, se inclinó y se marchó cerrando la puerta. Justo cuando desaparecía, Rose vio palpar sus párpados bajados y la impresionó la belleza de su kimono marrón, ceñido por un *obi* con peonías bordadas de color rosa. El recuerdo de su voz cristalina, con una nota quebrada al final de las frases, tintineó en el ambiente con una tonalidad de gong.

Inspeccionó los alimentos desconocidos, la tetera, el tazón de arroz; cada gesto se le antojaba una profanación. Por el marco desnudo de la ventana, sobre el que corría un cristal protegido con una pantalla de papel, veía, temblorosas y cinceladas, las hojas de un arce y, en segundo plano, un panorama más amplio. Era un río de orillas bordeadas de maleza; a un lado y a otro de un lecho pedregoso había senderos de arena, otros arces más y cerezos. En medio del vado, entre las aguas perezosas, se había posado una garza gris. Sobre la escena pasaban nubes de bonanza. La asombró la fuerza del agua viva. ¿Dónde estoy?, pensó, y, aunque sabía que esa ciudad era Kioto, la respuesta se escabullía como una sombra.

Volvieron a llamar. ¿Sí?, dijo, y la puerta se abrió. Ahí estaba de nuevo el cinturón de peonías; esta vez, la mujer arrodillada le dijo: *Rose san get ready?*, señalando la puerta del baño. Rose asintió con la cabeza. ¿Qué hago yo aquí?, se preguntó, y aunque sabía que había ido allí a conocer el testamento de su padre, la respuesta seguía escabulléndose. En la capilla amplia y vacía del baño, junto al espejo, una peonía blanca de pétalos fugazmente impregnados de tinta carmesí se secaba al aire como la pintura fresca. La luz matinal que entraba por una abertura cuadriculada de bambú arrojaba luciérnagas sobre las paredes, y, por un instante, inundada por un titileo de vidriera, a Rose le pareció estar en una catedral. Se vistió y salió al pasillo. Tomó a la derecha, al llegar ante una puerta cerrada desanduvo el camino andado y siguió meandros de parqué y papel. Tras un recodo, las paredes eran de una madera oscura en la que se distinguían tabiques corredizos, y tras otro recodo fue a parar a una gran sala en cuyo centro vivía un arce. Sus raíces se hundían en un musgo de pliegues aterciopelados; junto a un farol de piedra crecía un helecho, acariciando el tronco; alrededor había una galería acristalada abierta al cielo. A retazos de mundo fragmentado, Rose veía el suelo de madera, las sillas bajas, las mesas lacadas y, a la derecha, en un gran jarrón de arcilla, un

centro de ramas entreveradas de hojas desconocidas, vibrantes y ligeras como hadas; pero el árbol horadaba el espacio con un desgarró en el que se ahogaban sus percepciones, y Rose sentía que la atraía hacia él, que era un imán para su respiración, que haría de su cuerpo un arbolito de ramas susurrantes. Al cabo de un momento, Rose se sustrajo al hechizo. Fue al otro extremo del jardín interior, cuyos grandes ventanales daban al río, y abrió uno de los tabiques, que deslizó sin ruido sobre sus guías de madera. Por las orillas plantadas de cerezos, latidos fluidos del espacio-tiempo, pasaban corredores mañaneros, y Rose deseó fundirse en su carrera sin pasado ni futuro, sin ataduras ni historia; deseó no ser más que un punto en movimiento inscrito en el flujo de estaciones y montañas que atraviesa las ciudades hasta los océanos. Miró a lo lejos. La casa de su padre estaba construida a cierta altura, sobre un camino de arena que se distinguía entre las ramas de los árboles. En la otra orilla, el mismo camino de arena, los mismos cerezos, los mismos arcos y, más lejos todavía, dominando el río, una calle, otras casas: la ciudad. Y, cerrando el horizonte, colinas aborregadas.

Volvió al santuario del árbol. Allí la esperaba la japonesa.

—*My name Sayoko* —le dijo.

Rose asintió con la cabeza.

—*Rose san go for a stroll?* —preguntó Sayoko.

Y, con un acento insólito, ruborizándose un poco, añadió:

—¿Paseo?

De nuevo el final de las frases con ese eco de nota quebrada, los párpados nacarados como una concha.

Rose vaciló.

—*The driver outside* —dijo Sayoko—. *Wait for you.*

—*Oh* —dijo Rose—, *all right.*

Se sintió empujada, y el árbol, detrás de Sayoko, la llamó a él de nuevo, extraño y seductor.

—*I forgot something* —dijo, y se fue corriendo.

En el baño se vio ante la peonía blanca, ante sus pétalos lacados de sangre y su corola de nieve. Hyoten, murmuró. Se quedó allí un instante y, tomando su sombrero de lona, abandonó la capilla de silencio y de agua y fue al vestíbulo. En la luz de la mañana, las flores de magnolia se curvaban como mariposas; ¿cómo lo hacen?, se preguntó irritada. Delante de la casa, el conductor del día anterior, con su traje negro y su gorra blanca, se inclinó al verla aparecer. Le abrió la portezuela con deferencia y la cerró con suavidad. Rose observó por el retrovisor sus ojos rasgados, esos finos trazos de tinta negra que se abrían y se cerraban sin desvelar el iris, y, curiosamente, le gustó ese abismo de la mirada. Al poco, él le son-

rió de un modo infantil que iluminó su rostro céreo.

Cruzaron un puente y, ya en la otra orilla, se dirigieron a las colinas. Rose descubría la ciudad en un caos de concreto, cables y anuncios de neón; aquí y allá, la silueta de un templo se perdía en esa marea de fealdad. Las colinas se aproximaban, el barrio se iba haciendo más residencial, hasta que por fin llegaron a un canal jalonado de cerezos. Salieron del coche, un poco más arriba había una calle llena de tiendecitas por la que deambulaban turistas. En lo alto de la cuesta franquearon un portón de madera. *Silver pavilion*, dijo el conductor. Rose reparó en su presencia evanescente, como si se ausentara de sí, volcado en ella, en su sola satisfacción. Le sonrió, y él contestó con un discreto gesto con la cabeza.

Entonces se abrió ante ellos un mundo antiguo de edificios de madera con tejados de tejas grises. Delante crecían grandes y extraños pinos en parterres de musgo; entre franjas de arena gris corrían senderos de piedra; había líneas paralelas trazadas con rastrillo y moteadas de azuleos. Franquearon la puerta que llevaba a los jardines principales. A la derecha, a orillas de un estanque, por la gracia de su tejado de líneas curvas, el viejo pabellón parecía levantar el vuelo, y Rose tuvo la perturbado-

ra impresión de que respiraba, de que esas paredes y esas galerías atemporales, esos vanos de papel blanco que arrojaban al agua sus largos reflejos lechosos albergaban vida orgánica. Enfrente se elevaba un gran montículo de arena de cúspide roma, a la izquierda arrancaba una vasta extensión de esa misma arena, rayada de surcos paralelos, que remataba en curva sobre la orilla. Mirando el conjunto, lo primero que saltaba a la vista era esa corriente mineral, seguida del simulacro de montaña de cima plana y el pabellón de tejado alado; más lejos, estanques de aguas mercúreas, pinos recortados al modo en que levantan el vuelo las aves, y más azaleas; por todas partes, rodeadas de un musgo corto y luminoso, ancladas en las riberas, había piedras seculares. Por fin los jardines se extendían hasta una explanada donde se apiñaba la multitud de visitantes. Entre ésta y Rose, en avalanchas de hojas dentadas, goteaban los arces, dispuestos en terrazas sobre la pendiente.

Se sentía aturrida de belleza, mineralidad y madera; todo le era torpor, todo le era intenso. No puedo revivir esto —se dijo con una mezcla de hastío y temor. Pero enseguida—: Hay algo aquí. Se le aceleró el corazón, buscó con la mirada dónde sentarse. *Como en tierra de infancia*. Se apoyó en la galería de madera del edificio principal; una azalea atrajo su mirada; el pavor y la alegría de los

pétalos malva se fundieron en una emoción nueva, y pensó que estaba en el corazón de un santuario de agua helada y pura.

Recorrieron el sendero de visita, se detuvieron un momento en el puentecito de madera que, sobre las aguas grises, llevaba a los arces y a la parte alta del jardín. Alrededor de los estanques crecían otros grandes pinos extraños. Rose levantó la mirada y recibió el rayo ramificado de las agujas en pleno cielo; los troncos oscuros arrojaban la fuerza de la tierra en esos destellos vegetales; se sentía aspirada por una corriente de nubes y musgo. El conductor avanzaba despacio, volteándose de vez en cuando para esperarla sin impaciencia, y reanudaba la marcha tras un gesto de Rose. Su paso tranquilo la sosegaba, le devolvía al mundo una pizca de realidad que la fuerza del jardín disolvía en los árboles. Ahora el sendero flanqueado por grandes bambúes verdes llevaba a una escalinata de piedra; a un lado, podría haber tocado el musgo aterciopelado en el que arraigaban los arces. Peldaño tras peldaño las ramas recomponían un cuadro de perfección, y esa coreografía visual la conmovía y la irritaba a la vez; pero esa irritación, comprendió extrañada, le hacía bien. Por fin llegaron a la pequeña explanada. Abajo estaban el pabellón, los edificios de madera, los tejados de tejas grises, la arena esculpida; más allá, Kioto y,

más lejos todavía, otros relieves. *We are East* —dijo el conductor, y señalando el horizonte—: *West mountains*.

Rose iba tomando conciencia de la ciudad. Todo en ella lo regía la presencia de las montañas que, al este, al norte y al oeste, la enmarcaban en ángulo recto. Éstas eran en realidad grandes colinas cuyos perfiles conferían una sensación de altitud. Verdes y azules a la luz de la mañana, derramaban hacia la ciudad sus laderas arboladas. Frente a ella, más allá de una pequeña prominencia de vegetación, la ciudad se veía fea, toda de concreto. Rose volvió a llevar la mirada a los jardines, más abajo, y le llamó la atención su *precisión*: su evidencia diamantina, su pureza aguzada de dolor, la manera que tenían de resucitar las sensaciones de la infancia. Como en los sueños del pasado, se debatía en un agua negra y helada, pero a pleno día, en una profusión de árboles, en los pétalos manchados de sangre de una peonía blanca. Se apoyó en el barandal de bambú y observó la colina vecina buscando *algo* en ella. La mujer acodada a su lado le sonrió.

—¿Es usted francesa? —le preguntó con acento inglés.

Rose volteó hacia ella, se fijó en su rostro surcado de arrugas, su cabello gris y su chamarra de elegante factura.

Sin esperar respuesta, la mujer añadió:

—Maravilloso, ¿verdad?

Rose asintió.

—Es el resultado de siglos de entrega y abnegación.

La inglesa se rio de sus propias palabras.

—Tanto sufrimiento para un solo jardín —dijo con el tono ligero de la frivolidad.

Pero miraba a Rose con intensidad.

—En fin —dijo mientras Rose seguía callada—, igual prefiere los jardines ingleses.

Volvió a reír, acariciando el barandal como sin pensar.

—No —dijo Rose—, pero este lugar me remueve mucho por dentro.

Quiso hablar del agua helada, vaciló, y al final renunció.

—Llegué anoche —dijo por fin.

—¿Es su primera vez en Kioto?

—Es mi primera vez en Japón.

—Japón es un país donde se sufre mucho pero sin darse uno cuenta —dijo la inglesa—. Como recompensa a esa indiferencia ante la desgracia, tenemos estos jardines, donde los dioses vienen a tomar el té.

Rose se irritó.

—Yo no lo veo así —dijo—, nada recompensa el sufrimiento.

—¿Usted cree? —preguntó la inglesa.

—La vida hace daño —dijo Rose—. No se puede esperar ningún beneficio de ello.

La inglesa apartó la cabeza y se enfrascó en la contemplación del pabellón.

—Si no se está dispuesto a sufrir —dijo—, no se está dispuesto a vivir.

Se alejó del barandal y le sonrió.

—Feliz estancia —dijo.

Rose volteó hacia el conductor. Con una expresión de enemistad y temor, éste siguió con la mirada a la inglesa, cuya silueta desaparecía bajo las ramas de los arces. Se encaminó a la bajada. Al pisar el último peldaño de la escalinata de piedra negra que llevaba al estanque, delante del pabellón, Rose se detuvo, pensando que nadie la esperaba en ninguna parte. Había ido allí a oír el testamento de un padre al que no había conocido; toda su vida consistía en esa sucesión de fantasmas que guiaban sus pasos sin darle nada a cambio; iba siempre hacia el vacío y el agua helada. Recordó una tarde en el jardín de su abuela, la blancura del lilo, las hierbecillas en la linde de la finca. Volvieron a su memoria las palabras de la inglesa y, con ellas, un sentimiento de sublevación. Nunca más, dijo en voz alta. Contempló entonces el agua gris, el pabellón, la arena esculpida, los arces, el gran perímetro de infancia y eternidad del jardín, y la embargó una tristeza mezclada con destellos de una felicidad pura.